

los ojos: *Neque taceat pupilla oculi tui*: con lágrimas y gemidos, y con suspiros y deseos del corazón.

CAPÍTULO XIII.

En que se satisface á la queja de los que dicen que no pueden ó no saben meditar ni discurrir con el entendimiento.

Con esto queda respondido á una queja muy comun de algunos que se congojan, diciendo que no pueden ó no saben discurrir en la oracion; porque no se les ofrecen consideraciones con que dilatar y extender los puntos, sino que luego se les acaba la hebra. No hay que tener pena ninguna de eso; porque, como habemos dicho, este negocio de la oracion mas consiste en afectos y deseos de la voluntad que en discursos y especulaciones del entendimiento. Antes advierten aquí los maestros de la vida espiritual, que es menester tener cuenta que la meditacion de entendimiento no sea demasiada; porque eso suele impedir mucho la mocion y afecto de la voluntad, que es lo principal; y especialmente cuando uno se detiene en consideraciones sutiles y delicadas, se impide mas esto: y la razon es natural, porque claro está que si una fuente no tiene mas de un real de agua, y tiene muchos caños, que cuanto

mas corriere por uno, tanto menos correrá por el otro. Pues la virtud del alma es finita y limitada, y cuanto mas se derrama por el caño del entendimiento, tanto menos corre por el de la voluntad; y así vemos por experiencia, que si el alma está con devocion y sentimiento, y el entendimiento se desmanda con alguna especulacion ó curiosidad, luego se seca el corazón, y se apaga aquella devocion: es que se fué desaguando la fuente por el otro caño del entendimiento, y por eso quedó seco el de la voluntad; y así dice Gerson (1) que de aquí viene, que los que no son letrados, algunas veces, y muchas, son mas devotos y les va mejor en la oracion que á los letrados; porque se desaguan menos por el entendimiento, no ocupándose ni distrayéndose en especulaciones ni en curiosidades, sino procurando luego con consideraciones llanas y sencillas mover y aficionar la voluntad; y mas les mueven á ellos aquellas consideraciones humildes y caseras, y mas efecto hacen en ellos que en otros las altas y delicadas, como lo vemos en aquel santo cocinero, de quien dijimos arriba, *trat. 3, c. 8*, que del fuego material que traía entre manos tomaba ocasion de acordarse del fuego eterno, y andaba con tanta devocion, que tenia don de lágrimas en sus ocupaciones.

(1) Gerson, part. 3 de monte contempl. Alph. 73, cap. 2 et seq.

Y débese notar mucho este punto: sea el afecto y el deseo muy alto y muy espiritual, y no se os dé nada que el pensamiento ó consideracion sea bajo y comun. Tenemos de esto hartos ejemplos en la sagrada Escritura, donde el Espíritu Santo con muy llanas y comunes comparaciones nos declara cosas muy altas y subidas. Sobre aquellas palabras del salmo LIV: *Quis dabit mihi pennas, sicut columbæ, et volabo, et requiescam?* ¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré y descansaré? pregunta san Ambrosio en el sermón 70: ¿Por qué deseando el Profeta volar y subir á lo alto, pide alas de paloma, y no de otras aves, pues hay otras mas ligeras que la paloma? Y responde: Porque sabía muy bien que para volar á lo alto de la perfeccion, y para tener muy buena y alta oracion, mejores son las alas de paloma, esto es, los simples de corazón, que los agudos y delicados entendimientos, conforme á aquello del Sábio: *Cum simplicibus sermocinatio ejus*. Prov. III. Á los humildes y simples de corazón se comunica Dios.

De manera que no hay que tener pena, por no poder discurrir ni hallar consideraciones con que dilatar los puntos de la meditacion; antes dicen, y con mucha razon, que es mejor y mas dichosa suerte la de aquellos á quienes cierra Dios la vena de la demasiada especulacion, y abre la de la aficion, para que sosegado y quieto

el entendimiento, la voluntad descanse en solo Dios, empleándose toda en el amor y gozo del sumo Bien. Si Nuestro Señor os hace merced, que con una consideracion llana y sencilla, ó con solo considerar que Dios se hizo hombre, que nació en un pesebre, que se puso en una cruz por vos, os encendeis en amor de Dios, y en deseo de humillaros y mortificaros por su amor, y en eso os deteneis toda la hora; mejor y mas provechosa oracion es esa que si tuviérais muchos discursos y consideraciones muy altas y delicadas; porque os ocupais y deteneis en lo mejor y mas sustancial de la oracion, y en lo que es el fin y fruto de ella. De donde se entenderá el engaño de algunos, que cuando no se les ofrecen consideraciones en que detenerse, les parece que no tienen buena oracion; y cuando hallan muchas consideraciones, les parece que la tienen buena.

En las crónicas de san Francisco se cuenta, que dijo una vez el santo Fr. Gil á san Buenaventura, que era ministro general de la Orden: Muchas gracias os dió el Señor á vosotros los letrados con que lo podais servir y loar; mas nosotros, ignorantes é idiotas, que ninguna suficiencia tenemos, ¿qué podremos hacer para agradar á Dios? Respondió san Buenaventura: Si Nuestro Señor no diera otra gracia al hombre, sino que le pudiese amar, bastara esa para que le hiciera mayores servi-

cios que por todas las otras juntas. Dijo el santo Fr. Gil : ¿Y puede un idiota amar tanto á Nuestro Señor Jesucristo como un letrado? Puede, dijo san Buenaventura, una viejezuela simple amar mas á Nuestro Señor que un maestro de teología. Levantóse luego el santo Fr. Gil con mucho fervor, y fué á la huerta, á la parte que caía hácia la ciudad, y con muy grandes voces decia: Viejezuela pobre, idiota y simple, ama á tu Señor Jesucristo, y podrás ser mayor que Fr. Buenaventura; y quedó arrobado en éxtasis, como solia, sin moverse de aquel lugar por tres horas.

CAPÍTULO XIV.

De dos avisos que nos ayudarán mucho para tener bien oracion, y sacar fruto de ella.

Para tener bien la oracion, y sacar de ella el fruto que debemos, nos ayudará mucho: lo primero, que entendamos, y vayamos siempre con este fundamento, que la oracion no es fin, sino medio que tomamos para nuestro aprovechamiento y perfeccion: de manera que no hemos de parar en la oracion, como en término y fin; porque no está nuestra perfeccion en tener gran consolacion, y gran dulzura y contemplacion, sino en alcanzar una per-

fecta mortificacion y victoria de nosotros mismos, y de nuestras pasiones y apetitos, reduciéndonos, en cuanto fuere posible, á la perfeccion de aquel dichoso estado de la justicia original en que fuimos criados, cuando la carne y apetito estaban del todo sujetos y conformes con la razon, y la razon con Dios; y la oracion la hemos de tomar como medio para llegar á esto. Así como en la fragua con el fuego se para el hierro blando, para que le puedan labrar y doblar, y hacer de él lo que quisieren; así ha de ser en la oracion. Hácesenos muy dura y muy dificultosa la mortificacion, y el quebrar nuestra propia voluntad, y el trabajo y ocasion que se ofrece: es menester acudir á la fragua de la oracion, y allí con el calor y fuego de la devocion, y con el ejemplo de Cristo, se va ablandando el corazon, para que le podamos labrar y amoldar á todo lo que fuere menester para servir mas á Dios. Ese es el oficio de la oracion, y ese es el fruto que habemos de sacar de ella (1): y para eso son los gustos y consolaciones que el Señor suele dar en ella; no son para que paremos en ellas, sino para que con mayor prontitud y ligereza corramos por el camino de la virtud y de la perfeccion.

Esto nos quiso dar á entender el Espíritu Santo en aquello que le aconteció á Moisés, cuando sa-

(1) Psalm. cxviii.

lia de hablar con Dios (1): dice la sagrada Escritura, que salió con un resplandor grande en el rostro, y nota que aquel resplandor era á manera de cuernos, en los cuales suele estar la fortaleza de los animales; para darnos á entender, que de la oracion hemos de sacar esfuerzo y fortaleza para bien obrar. Esto mismo nos enseñó Cristo Señor nuestro con su mismo ejemplo la noche de su pasion, acudiendo á la oracion una, dos ó tres veces, para apercibirse para el trabajo que le estaba ya tan cercano: no porque él tuviese necesidad, como nota san Ambrosio, sino para darnos á nosotros ejemplo. Y dice el sagrado Evangelio (2), que le apareció allí un Ángel que le confortó; y salió tan confortado de la oracion, que dice luego á sus discípulos: *Surgite, eamus: ecce appropinquavit, qui me tradet*. Matth. c. xxvi. Levantaos, y salgamos á recibir á nuestros enemigos, que ya viene cerca el que me ha de entregar. Él mismo se ofrece y se entrega en sus manos: *Oblatus est, quia ipse voluit*. Isai. liii. Todo esto es para enseñarnos que habemos de tomar la oracion como medio para vencer las dificultades que se nos ofrecen en el camino de la virtud. Dice san Juan Crisóstomo que la oracion es un templar y guardar la vihuela de nuestro corazon para hacer buena música á Dios; á eso vamos á la oracion, á templar nuestro

corazon, y á concertar y moderar las cuerdas de nuestras pasiones y aficiones, y de todas nuestras acciones, para que todo vaya compasado con la razon y con Dios; y esto es lo que cada dia decimos y oímos decir en las pláticas y exhortaciones espirituales, que nuestra oracion ha de ser oracion práctica, quiere decir, enderezada á la obra: porque ha de ser para allanar las dificultades, y vencer las repugnancias que se nos ofrecen en el camino espiritual; y por eso la llamó el Espíritu Santo, prudencia: *Scientia Sanctorum prudentia*, Proverb. ix, porque la prudencia es para obrar, á diferencia de la ciencia de los letrados, que es solamente para saber. Y así dicen los Santos que la oracion es un remedio general y eficazísimo para todas nuestras tentaciones, y para todas cuantas necesidades y ocasiones se pueden ofrecer; y una de las principales alabanzas de la oracion es esta.

Refiere Teodoreto en su Historia religiosa de un santo monje que decia: Los médicos curan las enfermedades del cuerpo, cada una con su remedio, y muchas veces para sacar una, aplican muchos remedios, porque todos son remedios cortos, y de virtud finita y limitada; empero la oracion es un remedio general y eficazísimo para todas las necesidades, y para resistir á todas las tentaciones y encuentros del enemigo, y para alcanzar todas las virtudes; porque aplica al alma un bien infinito, que

(1) Exod. xxxiv.

(2) Luc. vi; xxiv.

es Dios, y en él se funda y estriba; y así llaman á la oracion omnipotente: *Omnipotens oratio, cum sit una, omnia potest.* Matth. xxiv. Y Cristo Señor nuestro para todas las tentaciones nos dió este remedio de la oracion: *Vigilate, et orate, ut non intretis in tentationem*: Velad y orad, para que no entreis en la tentacion.

El segundo aviso, que nos servirá mucho para la ejecucion del pasado, es que así como cuando vamos á la oracion hemos de llevar prevenidos los puntos que hemos de meditar; así tambien hemos de llevar prevenido el fruto que hemos de sacar de ella. Pero dirá alguno: ¿Cómo sabré yo el fruto que tengo de sacar de la oracion, antes de entrar en ella, para llevarlo prevenido? Eso querríamos que declaráseis mas, que me place. ¿No acabamos de decir que á la oracion vamos á buscar remedio de nuestras necesidades espirituales, y alcanzar victoria de nosotros mismos, y de nuestras pasiones y malas inclinaciones, y que la oracion es un medio que tomamos para nuestra reformacion y enmienda? Pues antes de entrar en la oracion, ha de tratar cada uno consigo mismo muy despacio, ¿qué es la mayor necesidad espiritual que yo tengo? ¿qué es lo que mas me impide mi aprovechamiento, y lo que hace mas guerra á mi alma? Y eso es lo que ha de llevar prevenido, y delante de los ojos, para insistir en ello y sacarlo de la ora-

cion. Y el prevenir y preparar los puntos de la meditacion, ha de ser enderezándolos á eso. Pongamos ejemplo: Siento yo en mí una inclinacion grande á ser tenido y estimado, y á que hagan caso de mí, y que me lleven mucho tras sí respetos humanos; y que cuando se me ofrece la ocasion de ser tenido en poco, me turbo y lo siento mucho, y aun por ventura algunas veces doy muestra de ello: esto me parece que es lo que me hace mas guerra, y lo que me impide mas mi aprovechamiento y la paz y quietud de mi alma, y me hace caer en mayores faltas. Pues si en eso está vuestra mayor necesidad, en vencer y desarraigar eso está vuestro remedio; y eso es lo que habeis de llevar prevenido, y lo que habeis de tener delante de los ojos, y tomarlo á pechos é insistir en ello, para sacarlo de la oracion. Y así es engaño irse uno de ordinario á la oracion, á Dios y á ventura á sacar lo que allí se le ofreciere, como cazador que tira á bulto, dé donde diere, y salga lo que saliere, dejando aquello de que tiene mas necesidad; que no vamos á la oracion á echar mano de lo que primero se ofreciere, sino de lo que tenemos mas menester. El enfermo que va á la botica, no echa mano de lo primero que topa, sino de lo que ha menester para su enfermedad. Está el otro lleno de soberbia hasta las entrañas, y el otro de impaciencia, y el otro de propio juicio y de propia

voluntad, como se ve bien cuando se ofrece la ocasion, y él se toma cada dia con hurtos en las manos; y vase á la oracion á florear, y á conceptuar y á echar mano de lo que primero se le ofrece, ó le da mas gusto, picando ahora aquí, ahora allí. No es ese buen camino para aprovechar: siempre ha de tener uno cuenta con aquello de que tiene mayor necesidad, y procurar remediarlo, pues á eso va á la oracion. San Efren (1) trae á este propósito el ejemplo de aquel ciego del Evangelio que acudió á Cristo, clamando y dando voces, que hubiese misericordia de él. Considerad, dice, como preguntándole Cristo: ¿Qué era lo que queria que se hiciese con él? luego le representó su mayor necesidad y lo que mas pena le daba, que era la falta de la vista, y de esa pide remedio: *Domine, ut videam.* ¿Por ventura pidió alguna de las otras cosas, de que en realidad tambien tenia necesidad? ¿Por ventura dijo: Señor, dadme un vestido, que soy pobre? No pide eso; sino dejando todo lo demás, acude á la mayor necesidad. Pues así, dice, tenemos de hacer nosotros en la oracion, acudiendo á la mayor necesidad, é insistiendo y perseverando en eso hasta alcanzarlo.

Para que no haya excusa en esto, se ha de notar que aunque es ver-

(1) Exhortatione ad Religiosos, de armatura spiritus, tom. 2, p. 7; Luc. xviii; Marc. x.

dad que cuando el que va á la oracion pretende sacar afectos de particulares virtudes que le faltan, ha de procurar ordinariamente que los puntos y materia que llevar para meditar sean convenientes y proporcionados, para que la voluntad se mueva mas presto, y con mayor firmeza y fervor á esos afectos, y así saque mas fácilmente el fruto que desea; pero tambien es menester que tengamos entendido que cualquier ejercicio ó misterio que se medite, le puede uno aplicar á lo que ha menester; porque la oracion es como el maná del cielo, que sabe á cada uno á lo que quiere: si quereis que os sepa á humildad, á eso os sabrá la consideracion de los pecados, de la muerte, de la pasion y de los beneficios recibidos: si quereis sacar dolor y confusion de vuestros pecados, á eso os sabrá cualquiera cosa de estas: si quereis sacar paciencia, tambien os sabrá á eso; y así de todo lo demás.

CAPÍTULO XV.

Cómo se entiende que en la oracion tenemos de tomar á pechos una cosa, aquella de que tenemos mas necesidad, é insistir en ella hasta alcanzarla.

No queremos por esto decir que siempre tenemos de entender en una cosa en la oracion: